

## LA POLITICA EN LOS TIEMPOS EXTRAORDINARIOS

La apatía colectiva es el ambiente ideal para que los sistemas autoritarios sobrevivan y prosperen. En esas circunstancias, la política es la tarea de los pocos, de "los profesionales", mientras que el resto de la sociedad debe concentrarse en las tareas e intereses individuales. Es por ello, que para acabar con el autoritarismo, debe surgir el espíritu ciudadano, ese que hace de la política un asunto de los muchos, de los "no profesionales". En México y en este momento, estamos ante la posibilidad de ciudadanizar la política y hay que aprovecharla.

El pasado día 27, el presidente Salinas declaró: "...transmitiré el Poder Ejecutivo Federal a quien resulte triunfador en la jornada electoral del próximo 21 de agosto, independientemente del partido al que pertenezca". En un sistema realmente democrático, una afirmación así es impensable, por innecesaria. Pero hasta hace muy poco, en un sistema como el nuestro también era impensable, por imposible. Hoy las cosas están cambiando y debemos actuar en consecuencia.

México vive un proceso político inédito, extraordinario, donde el jefe mismo del partido de Estado plantea la posibilidad de entregar el poder a la oposición. Desafortunadamente, y pese a tan novedoso compromiso presidencial, el signo de los tiempos políticos sigue siendo de ambigüedad e incredulidad, lo cual es muy peligrosos. De acuerdo al sondeo semanal de MORI de México (*Este País* (8 de

junio), la proporsión de encuestados que confiaban en el respeto del voto resultó ser prácticamente igual a la que desconfiaba: cada una 37 por ciento, con un 26 por ciento que no sabía. En la encuesta urbana de Alianza Cívica para la Observación Electoral el resultado es peor: 47 por ciento se manifiesta en sentido contrario (*Reforma*, 29 de junio).

Las características dominantes de la coyuntura política son su fragilidad y la evolución sorpresiva. Fragilidad y sorpresa tiene un origen común: el que la nueva política no obedece a un proyecto previo claro, sino que se está construyendo sobre la marcha, y no es tan fácil predecir su ruta ni resultado. Hasta ahora, lo único cierto es que la presidencia está perdiendo parcelas de poder en beneficio de nuevos y viejos actores: los partidos de oposición real o leal, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), los dinosaurios del PRI ("Grupo Atlacomulco" et al,) las organizaciones no gubernamentales formales e informales... y los propios miembros del gabinete. Ahora bien, el sentido de la redistribución del poder no es claro, puede favorecer el tránsito a la democracia lo mismo que la ingobernabilidad.

La ruta mexicana del cambio pudo haber sido distinta, mejor, más segura y predecible. En efecto, tras el fracaso del populismo, se abrió la posibilidad de encabezar, desde el gobierno mismo, el tránsito de una época histórica a otra. No fue así, a las presidencias de De la Madrid y de Salinas de Gortari la bandera de "*Perestroika sin Glasnot*": cambiar las

reglas de la economía sin modificar la naturaleza antidemocrática del sistema heredado.

Hoy, a contrapelo del presidencialismo, la política ha dejado de ser el asunto exclusivo de los políticos profesionales que fue por tantos años. La legendaria irresponsabilidad de la clase política mexicana ha provocado en la sociedad, por fin, el surgimiento de anticuerpos. Es por ello que en el juego político mexicano, y al lado de los jugadores de siempre han entrado otros nuevos, que van desde el EZLN hasta ciudadanos no gubernamentales y, desafortunadamente, por secuestradores y narcotraficantes.

La renuncia que el viernes pasado presentó el doctor Jorge Carpizo a su cargo como secretario de Gobernación, es la muestra más reciente de la política extraordinaria que está teniendo lugar en México, y de las oportunidades para la acción ciudadana. La posible retirada del responsable de la política interna produjo sorpresa y angustia -así lo demostró la caída de la bolsa de valores-, y de inmediato reaccionaron no sólo los partidos sino también organizaciones gremiales y grupos e individuos que pública y privadamente pidieron que al ex rector de la UNAM no abandonara su puesto en la víspera del proceso electoral más complicado desde 1911. La no aceptación de la renuncia del secretario por el presidente tras una negociación, hizo evidente lo que ya era claro: que las circunstancias han rebasado al viejo entramado institucional y quien lo encabeza.

Mientras su poder iba en ascenso, el presidente Salinas defendió como lobo el derecho de su gobierno y su partido a mantener el control absoluto de todo el complejo aparato encargado de organizar las elecciones. En un sistema de partido de Estado con un tradición tan antidemocrática como la nuestra, era imposible ese control gubernamental del proceso electoral con la credibilidad en sus resultados. Pero hasta hace muy poco, la falta de credibilidad no pareció importar gran cosa al salinismo, quizá porque confiaba en que el éxito económico de suproyecto neoliberal obviaría la necesidad de enfrentar una elección realmente competida pues la legitimidad fluiría por otros conductos.

Hoy es claro que el presidente Salinas rechazó la posibilidad de pactar una verdadera reforma política con la oposición real -el PRD- porque confió en que la revolución económica que él encabezaba y que culminó con la firma del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, sería un triunfo político de tal magnitud, que le permitiría diferir al año 2000 la transición política mexicana. *Perestroika* sin *Glasnot*. El salinismo supuso que podría destruir a la oposición sin dañar el sistema, tal y como lo habían hecho sus antecesores con el vasconcelismo, el almanismo o el henriquismo. Sin embargo, como diría Maquiavelo, la fortuna le volteó la espalda a los audaces jóvenes neoliberales.

La presión constante del gobierno sobre el PRD lo debilitó pero no lo destruyó, y el PAN resultó una oposición leal que

creció deslealmente, Por otro lado, el éxito material del neoliberalismo fue, finalmente, tan modesto que para todo propósito práctico dejó de ser éxito. A esas fallas de fondo del proyecto salinista, se sumo la ruptura de Mnauel Camacho de las reglas no escritas del juego interno de la élite política en la sucesión presidencial, el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional -que puso en el centro de la discusión la relacion entre autoritarismo político y desigualdad social- y, finalmente, el asesinato del candidato del partido oficial. Esta cadena de eventos desartículo el esquema autoritario de transmisión del poder y puso en entredicho al "sistema de los 65 años".

A principiar 1994, el presidente se vio forzado a ceder terreno y de manera rápida. El control del IFE pasó a manos de un grupo de consejeros ciudadanos que tiene mayoría numérica y moral en su consejo general. Ahora bien, este cambio político sustantivo, no ha podido tener el efecto balsámico que debiera sobre el espíritu nacional, por lo forzado y tardío de su arribo.

Pese a los cambios, pese a las promesas presidenciales de limpieza electoral y respeto a los resultados -"cederé el poder al que gane"-, el escepticismo ciudadano no cede. Y las razones para ello son muchas y fundadas. Para empezar, está la historia d fraudes del partido del Estado desde 1929 a 1988. Luego, la historia reciente del salinismo, de Michoacán a Guanajuato, de San Luis a Mérida. El IFE mismo, su burocracia, tampoco inspira

confianza: nació enteramente dominado por priístas y ese dominio, aunque debilitado, continúa, y mantiene la duda sobre su imparcialidad. Finalmente, está la decisión de encargar el proceso electoral de 1994 a Patrocinio González, gobernador de Chiapas (granero de los votos priístas), famoso por su mano dura contra los desobedientes y familiar político del presidente Salinas; SI Patrocinio González no está hoy en Gobernación y todo México no es Chiapas, no es por falta de voluntad de Carlos Salinas sino por la inesperada y dramática intervención del EZLN.

La entrega que hizo Carlo Salinas de la Secretaría de Gobernación a Jorge Carpizo en enero, fue una medida extraordinaria que buscaba recuperar credibilidad para el gobierno y gobernabilidad. De ahí la gravedad de la renuncia a su cargo del ex rector de la UNAM el viernes pasado. Un presidente que a lo largo de su sexenio práctico con gusto el cambio constante en el gabinete -una veintena de cambios a nivel de secretario y 75 a nivel de subsecretario, (*Enfoque*, 26 de junio)- se topó de pronto con la imposibilidad de encontrar en su círculo ampliado un substituto creíble para el renunciante. Jorge Carpizo tuvo que ser convencido de volver a sus puesto a pesar de haber violado las reglas centrales de la relación presidente-secretario encargado del despacho en materia de renuncia. Pero el secretario volvió fortalecido, y relativamente independiente del presidente gracias al apoyo directo que recibió no sólo del PRI y el PAN, sino de

sindicatos, líderes empresariales, autoridades eclesiásticas, consejeros ciudadano del IFE, colegios y organizaciones de profesionistas, académicos, intelectuales, etcétera.

Aparentemente, la inédita maniobra del titular de Gobernación tuvo éxito, pues por encima e independientemente de la presidencia, el secretario consiguió el apoyo externo que necesitaba para reiniciar sus tareas con mayor holgura. Hoy Jorg Carpizo, un político heterodoxo y que no fue miembro original del grupo del presidente Salinas, aparece como el verdadero responsable y garante del proceso electoral, situación reveladora del grado de desgaste del salinismo.

En este momento, insisto, la política es algo demasiado importante como para dejarla enteramente en manos de los políticos profesionales, incluido el doctor Carpizo. Todos los que nos consideremos ciudadanos, y aunque no sea más que por instinto de conservación, tenemos la obligación de movilizarnos en nuestras respectivas áreas de competencia para contribuir a encauzar la transición mexicana por la vía pacífica. Sería imperdonable dejar la oportunidad de ingresar al grupo de los países democráticos se nos volviera a escapar de las manos, pues no sólo perderíamos la democracia sino quizá la estabilidad, y muy probablemente terminaríamos con un autoritarismo de nuevo cuño.